

Guillermo Lora

La evolucion del



trotskysmo boliviano

Ediciones

MASAS

La Paz - Bolivia

1992

INDICE

Importancia del tema	3
Estructuración del partido-programa	7
La penetración en el seno de las masas	13
Sobre lo fundamental del desarrollo histórico	21

La evolución del trotskismo boliviano

Importancia del tema

Como en ninguna parte del mundo, en Bolivia -país típicamente atrasado en todos los planos- el trotskismo, elevada cumbre del pensamiento marxista, es inseparable no solamente de la evolución de la clase obrera, de su transformación de meramente instintiva en consciente, en política, sino de la historia y de la cultura nacionales.

Apareció tarde -en 1935- con referencia a los partidos y grupos de la Oposición Internacional de Izquierda y cuarta Internacionalistas de los países latinoamericanos vecinos y ni que decir europeos, y ha concluido como el único partido que se ha mantenido en pie sin cambiar de nombre, de objetivos estratégicos, de la columna vertebral programática, soportando las persecuciones más sañudas y la incesante arremetida del imperialismo, de la burguesía criolla, del stalinismo, de la izquierda reformista e inclusive de sectores mal llamados trotskistas.

En la actualidad constituye una nítida referencia revolucionaria en el campo tradicionalmente ocupado por la izquierda reformista y se presenta como el polo aglutinante de las masas, de la nación oprimida por el imperialismo, dentro de la perspectiva de la revolución proletaria.

Fiel a la tradición bolchevique, el Partido Obrero Revolucionario es un partido de publicistas. Ha lanzado a la circulación cientos de títulos entre libros y folletos. Durante el sexenio rosquero (1946-1952) comenzó publicando "Lucha Obrera", semanario del que se apoderaron los pablistas que rompieron con el Partido en 1956. Después apareció "Masas" (1954), tan profundamente ligado a la historia apasionante -y por momentos trágica- del trotskismo boliviano, por ahora semanario que está en alrededor del número 1500. La dirección y la militancia están empeñadas en lograr la materialización del periódico como un buen organizador colectivo.

Han habido varias revistas trotskistas -acaso la más importante fue "Documentos", que alcanzó aproximadamente a 150 ediciones-, pero que no lograron estabilizarse a través de los años, zozobraron ante las dificultades económicas o las bruscas variaciones de la situación política.

En algunas etapas "Masas" cumplió también el papel de revista teórica, particularmente durante el destierro a Chile que siguió al cuartelazo fascista timoneado por el general Banzer el 21 de agosto de 1971 .

Las publicaciones poristas aparecen elaboradas en imprenta -a veces en muy modernas-,

en multicopiadora y hasta simplemente en máquina de escribir. La forma en la que llegan a las masas los periódicos, los folletos y las revistas, revelan en cierto momento el grado de persecución, el tipo de dictadura imperantes en el país.

El POR se distingue -al menos en Bolivia- por volcar en letras de molde sus proposiciones teóricas, programáticas, el testimonio de sus acciones, de la crítica y autocrítica de éstas, su polémica con otras organizaciones políticas, con el gobierno, con la burguesía, etc. En otras palabras, está consignada en papel impreso la elaboración de la teoría de la revolución boliviana -cuya expresión sintética es el programa partidista-, las discusiones habidas al respecto y las rectificaciones que la experiencia histórica ha obligado introducir.

La práctica revolucionaria porista no es otra cosa que la acción sobre la realidad boliviana con miras a transformarla, actividad en la que el Partido ha ido transformándose a sí mismo. De aquí arranca su labor creadora, razón última de su fortaleza en todos los planos.

Como ninguna otra organización partidista ha estudiado a Bolivia en todos los aspectos, particularmente a sus clases sociales. Seguramente se trata de un caso único en nuestra historia política.

La enorme riqueza teórico-práctica que representa el Partido Obrero Revolucionario no ha sido aún debidamente aprovechada en el país y menos en el exterior. No se puede conocer debidamente a Bolivia y menos hacer verdadera política, sin empaparse de los aportes del trotskismo boliviano en los diversos aspectos de la vida del país.

Lo que llevamos dicho se concretiza en un hecho que merece ser debidamente analizado.

Se esperaba que el hundimiento de la burocracia stalinista contrarrevolucionaria en escala mundial fortalecería -de manera directa e indirecta- al movimiento trotskista en su conjunto. Nadie puede dudar que las cosas han sucedido de otra manera.

El stalinismo en su caída ha arrastrado a los partidos y grupos que se reclamaban del trotskismo. Se han desplazado hasta posiciones socialdemócratas y electoralistas -algunos se han colocado el marbete de "trotskistas con democracia"-, otros propugnan partidos e internacionales de trabajadores, etc. El sacudón los presenta desnudos, con su verdadera fisonomía, como antitrotskistas. Están sacudidos por profundas crisis ideológicas y organizativas.

Unicamente el Partido Obrero Revolucionario se ha fortalecido de manera inmediata y aparece en el campo de la izquierda como el único partido revolucionario. Para el

hombre de la calle, que siempre ha visto a un POR combatiendo en todo momento al stalinismo -y también a otras desviaciones del marxismo y de la lucha revolucionaria-, el hundimiento del stalinismo confirma esa campaña sistemática y sin descanso, al mismo tiempo que la validez de las tesis trotskystas.

No podemos conformarnos con la anterior referencia concreta, corresponde explicar de manera coherente ese fenómeno aparentemente contradictorio: mientras se debilita y pulveriza el trotskismo internacional -esto de una manera general-, el joven movimiento boliviano no cesa de fortalecerse, de crecer, de colocarse a la cabeza de las masas.

Estamos convencidos -esto enseñan la experiencia y la teoría- que la victoria de la revolución proletaria solamente podrá darse si un Partido Obrero Revolucionario fortalecido se coloca a la cabeza de las masas, de la nación oprimida. Sin embargo, este no es un proceso mecánico y rectilíneo. No es suficiente que el trotskismo esté presente y sin competidores de Izquierda" en el escenario político, se impone que -al mismo tiempo- las masas se radicalicen más y más.

El Partido es la expresión de la conciencia de clase y, sobre todo, la palanca que puede potenciar a ésta. Para cumplir esta tarea fundamental la vanguardia revolucionaria debe transformarse constantemente, como consecuencia de su acción en el seno de las masas, a fin de poder dar respuestas oportunas a las interrogantes que plantea la cambiante situación política, y poder expresar políticamente lo que es ya experiencia acumulada y ansiedad en los explotados.

La clase consciente es la organizada en partido político, pero éste es el demiurgo de la transformación de la masa amorfa en política. La cuestión clave radica en fundir a clase y partido, de manera que éste sea la expresión auténtica de la esencia clasista, que organice políticamente a lo mejor de la vanguardia del proletariado. El partido revolucionario tiene que llagara convertirse en la sangre de la sangre y en la carne de la carne de los explotados, en algo inseparable de éstos pese a todas las vicisitudes de la cambiante situación política.

Las masas atraviesan tanto por situaciones revolucionarias como contrarrevolucionarias, se desplazan de izquierda a derecha. A veces vemos a los explotados trabajando contra ellos mismos, confundidos con la política de la burguesía.

La elaboración y desarrollo de la conciencia de clase se concentra en la vanguardia, que no pocas veces aparece aislada del grueso de las masas y fuertemente presionada por éstas para que se desplace hacia la derecha. Los intereses históricos de la clase -no los meramente economicistas-, que constituyen la esencia de ésta, se expresan a través de su vanguardia políticamente organizada en el partido obrero.

La historia del partido revolucionario se concentra fundamentalmente en las actividades encaminadas a entroncarlo con las masas, con su vida y a su transformación en el seno de la actividad cotidiana de éstas. Este trabajo es público y casi siempre deja constancia de su paso.

Hay un problema de enorme importancia que casi siempre queda limitado a la historia íntima de la organización política: su integración como partido, que significa el ajuste del programa de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos y -sobre todas las cosas- la formación de los cuadros de revolucionarios profesionales en los moldes principistas. Todo este trabajo debe culminar en la formación de una férrea dirección, que esté a la altura de las grandes tareas de dirección de las masas. Nos estamos refiriendo a los aspectos más difíciles de la estructuración partidista. El trabajo en este sentido constituye una garantía para la victoria del movimiento revolucionario.

Estructuración del partido-programa

Hay algunos rasgos diferenciales en la formación del POR, si se la compara con lo sucedido en el campo trotskista en otras latitudes.

Un partido existe realmente desde el momento en que anuncia con claridad sus objetivos estratégicos, que son los de la clase obrera y la columna vertebral del programa.

Es el contenido del programa el que -en definitiva- determina las características de la organización y la táctica que debe contribuir a la materialización de la finalidad estratégica. En otras palabras, resulta inconcebible un verdadero partido revolucionario sin programa. Trotsky dijo acertadamente que el programa es el partido. Comprobamos diariamente que menudean supuestos partidos que no tienen programa, que pretenden sustituir a éste con plataformas coyunturales y hasta electorales, lanzadas las más de las veces para llenar una formalidad. Al mismo tiempo, se constata que esas agrupaciones acaban en el charco del oportunismo reformista. Estamos analizando una cuestión crucial para la existencia del partido y para el propio movimiento revolucionario.

El contenido de clase de un partido se concretiza en la enunciación del objetivo estratégico, de la fórmula gubernamental que propone. Cuando sustituye estos objetivos por otros o los relega al olvido, quiere decir que ha cambiado de contenido de clase, es ya otro partido.

Los partidos que no tienen un programa claramente expuesto, sin embargo desarrollan una actividad política. Analizando su conducta diaria, sus actos, se puede descubrir detrás de qué finalidad estratégica se encaminan. Son organizaciones empíricas, que a veces proclaman que prefieren la acción a las especulaciones teóricas, principistas, programáticas. No pocos partidos, que se autoproclaman obreros se limitan a desarrollar una inconfundible política burguesa.

La estrategia, el programa, son los que determinan la táctica que debe utilizar cotidianamente el partido. Cuando están ausentes el programa, vale decir la estrategia, son la táctica, la lucha diaria, la maniobra del momento, las que ocupan su lugar. La estrategia es sustituida por la táctica, una forma segura de deslizarse hacia el oportunismo y a la política reformista. Se pretende justificar esta postura con la especie de que ahora -tal vez por qué razones- es la época de la táctica, de la maniobra menuda y no de la estrategia, de la lucha por el socialismo.

La lucha por la revolución comprende -de manera necesaria- la lucha por las reformas, por la satisfacción de las necesidades diarias. La clave del problema radica en no

detenerse en las simples reformas, en la satisfacción de los objetivos inmediatos. La lucha diaria debe permitir a las masas avanzar -aunque sea en pequeñísima medida- hacia la conquista del poder, lo que depende de la forma que adquieran las respuestas a las necesidades inmediatas. Tal el sentido de las reivindicaciones transitorias, que logran superar los programas mínimos y máximos, cuya separación fue el camino que llevó al reformismo, que, en último término, defiende al orden social capitalista.

Hoy -vitalmente preocupados por lograr una remuneración que permita a la familia vivir en condiciones humanas, es decir, conquistar el salario mínimo vital con escala móvil referida a los precios de las mercancías- luchamos por aproximarnos a la conquista del poder político con ayuda de las reivindicaciones transitorias que enuncia nuestro programa.

Esto puede lograrse únicamente si el partido es capaz de organizar, educar y movilizar a los explotados alrededor de una plataforma de reivindicaciones transitorias, que equivale a elevar su nivel político, su capacidad para consumir la revolución social.

¿Por qué considerar la formación del partido como algo inseparable de la estructuración del programa, expresión concentrada de la teoría de la revolución en un determinado país? ¿Por qué no seguir el camino más fácil de comenzar amontonando mucha gente alrededor de cualquier consigna coyuntural atrayente, en espera de que el programa, la teoría, emerjan poderosos y acabados de la acción, de la presencia partidista en las calles, etc.?

Un partido de estructura bolchevique -éste es la organización revolucionaria, la única que nos interesa y no ninguna otra- es inconcebible al margen del programa, herramienta que permitirá la transformación del proletariado de masa amorfa, puramente instintiva, en clase consciente, poseedora de la ciencia social, del marxismo.

Organizativamente hablando, el partido es el instrumento indispensable para materializar el programa, que, en síntesis, es el objetivo estratégico.

El partido revolucionario de la clase obrera es una organización compuesta de cuadros y no una montonera electorera. Los cuadros -arrancados de la mejor parte de la vanguardia de la clase- son los revolucionarios profesionales, en esta medida colocados por encima de los obreros, campesinos, estudiantes, etc., vaciados en el crisol programático, instrumentos del objetivo estratégico partidista. Esto explica la primacía del programa -se sintetiza en el enunciado de los objetivos estratégicos- con referencia a las medidas tácticas e inclusive a la estructura organizativa del partido.

Algunos sostienen que eso de exigir un programa para cada país es nada menos que una

desviación nacionalista, indigna de quiénes pregonan el internacionalismo. Otros dicen que hay que conformarse con el "Manifiesto Comunista", el Programa de Transición, los documentos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.

Ni duda cabe que nuestra actividad tiene como punto de partida esos documentos. Sin embargo todos ellos contienen la expresión de las leyes generales de la revolución de la sociedad capitalista, no han sido elaborados acerca de la forma particular en la que esas leyes se expresan en Bolivia, conforme a sus particularidades nacionales.

Aún hace falta concretizarlas al país altiplánico, típica e inconfundiblemente atrasado. La explicación de este atraso, de su proyección al campo de las clases sociales, de su particular mecánica, de la revolución de liberación nacional y social, protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo. Lo que obliga a establecer la relación entre las tareas democrático-burguesas y las socialistas y la forma -siguiendo qué caminos y con ayuda de qué métodos de gobierno- en que serán cumplidas. Todo esto es la teoría de la revolución proletaria boliviana.

La revolución sintetiza toda la evolución histórica, económica, política y, en fin, cultural de un país. Por esto la elaboración de la teoría de la revolución de un determinado país, del programa, importa el estudio de la realidad económico-social. Se puede decir sintéticamente que un partido para poder transformar radicalmente a un país tiene que conocerlo, estudiarlo e interpretarlo. Los rasgos fundamentales de la revolución aparecen en el programa, que obligadamente tiene que someterlos a la prueba definitiva de los acontecimientos que tengan lugar.

En cierto momento, todos los problemas políticos se sintetizan en la estructuración de un partido vigoroso, cuya tarea fundamental es la de materializar los enunciados programáticos. Es entonces que la victoria o la derrota del movimiento revolucionario, de su dirección, depende de que se efectivice o no la urgencia de que el partido trotskysta se convierta en la dirección efectiva de las masas radicalizadas.

Sabemos los bolivianos cuántas veces la evolución de la situación política plantea al partido la urgencia de elevar al grueso de la militancia a la gran altura del programa. En caso de no alcanzarse este objetivo es claro que no podrá lograrse la penetración en el ser de las masas, única manera de organizarlas, educarlas y movilizarlas, en fin, de actuar como dirección en la vida y lucha diarias.

En 1991 la gran tarea que tiene que resolver el trotskysta es precisamente ésta. Hay que eliminar el gran obstáculo de la burocracia sindical -imbricada en el reformismo revisionista- del camino de la victoria de los explotados. Los congresos y reuniones nacionales son amañados, no representan el estado de ánimo de las bases y casi

siempre se reducen a maniobras entre las cumbres dirigentes.

El momento que vivimos impone que la idea revolucionaria concluya imponiéndose, venciendo a la burguesía y a sus servidores. La única manera de lograr esta finalidad inaplazable consiste en que emerja desde el fondo de las masas, a fin de que pueda proyectarse hacia todo el país por encima de la burocracia sindical y del reformismo. El camino que corresponde seguir: sembrar la idea revolucionaria en el seno de las masas.

¿Cuál es esta idea? No la repetición de lo que puede encontrarse en los textos de los clásicos, sino la respuesta que se dé a los problemas fundamentales del momento, que interesan a toda la nación oprimida. La raíz se encuentra en la política impuesta por el imperialismo -interesado en que los países atrasados le ayuden a salir de la crisis económica-, en el liberalismo económico, que se traduce en la destrucción de la industria y de las actividades agropecuarias nacionales, en la privatización de las empresas públicas y que tanto perjuicio ocasiona a los trabajadores, buscando al mismo tiempo convertir al país en hacienda de las transnacionales, del imperialismo.

La búsqueda de las reivindicaciones salariales, sociales, de protección a los artesanos, de las empresas estatales, del seguro social, de la educación estatales, etc., de la defensa de los intereses nacionales, regionales, etc., desembocan en la lucha contra la política global del gobierno burgués; en el combate por lograr el derrocamiento de la actual clase dominante.

Planteado así el problema, se concluye que el logro de tales objetivos será posible únicamente utilizando la acción directa de masas y no las vías parlamentarias, del legalismo, del colaboracionismo clasista.

Estamos aplicando el programa a la situación política del momento. En el documento básico partidista se establece que la burguesía en escala mundial -y también nacional- ha llegado a su agotamiento, lo que significa que ya no puede permitir el desarrollo de las fuerzas productivas, vale decir, el desarrollo integral y libre del capitalismo en Bolivia y dentro del marco imperialista.

La conclusión: para arrancar al país de su atraso -poco desarrollo del capitalismo- para lograr el desenvolvimiento global y armónico de su economía, hay que consumir la revolución proletaria.

Nuevamente comprobamos que la lucha diaria por lograr la materialización de los objetivos sociales, nacionales y regionales, lleva a las masas hacia la conquista del poder político. Las masas se organizan, se politizan y maduran en su conciencia al comprobar la demagogia, las decepciones que acompañan a la politiquería burguesa.

Si no existen los grandes objetivos estratégicos, vale decir, si está ausente el programa, las masas se perderán en medio de la lucha cotidiana, no tendrán la oportunidad de ligarla con el gran objetivo de la conquista del poder. Los grupos autodenominados revolucionarios concluirán en las trincheras del reformismo.

Se puede decir que en gran medida la historia del Partido Obrero Revolucionario es la historia de la elaboración y modificaciones de su programa.

Un grupo de exiliados bolivianos, a cuya cabeza se encontraba José Aguirre Gainsborg, se organizó en el seno de la Izquierda Comunista, que acababa de romper con el Partido Comunista Chileno, lo que demuestra que fue el producto de las discusiones con el stalinismo. A la izquierda boliviana -en alguna forma fue el resultado del socialismo altioplánico de la pre-guerra chaqueña- se le planteó la necesidad de dar respuesta a la convulsión social que se presentía iba a acompañar al fin del conflicto bélico. La fundación del POR estuvo precedida de la discusión principista acerca del trotskismo y de las particularidades del movimiento político boliviano. En su congreso constituyente de 1935 fue aprobado un documento programático elaborado por Aguirre, que casi inmediatamente después fue superando sus propias ideas acerca de las características del país atrasado y, por tanto, de su revolución.

Ya entonces se comprobó que las divergencias ideológicas -entre los interesados a organizarse como partido o entre los militantes y los compañeros de ruta- deben ser debidamente saldadas, a fin de que no renazcan amenazadoramente en el futuro. La discusión entre los grupos de Aguirre (Chile) y de Marof (Argentina) no alcanzó a poner en evidencia las raíces de las discrepancias alrededor del trotskismo, de la Oposición Internacional de Izquierda, por tanto sobre la caracterización de Bolivia, de la clase obrera, del campesinado, etc.

La consecuencia fue la escisión de grandes proporciones entre el marofismo -casi inmediatamente organizó un Partido Socialista y más tarde el PSOE- y los militantes que seguían a Aguirre. Los "partidos" de Marof conocieron éxitos momentáneos y lograron reunir a considerable cantidad de gente. No habló ya de revolución proletaria, sino de ganar elecciones a cualquier precio. En realidad, no fue nunca marxista y su idea central desde que fue saavedrista -nunca dejó de admirar al caudillo republicano que de liberal se trocó en filofascista- decía que en Bolivia por su enorme atraso cultural únicamente valía la figura del caudillo y de ninguna manera la corrección o no de las doctrinas.

El Partido Obrero Revolucionario heredó de esta importante época la convicción de que tenía la obligación de poner en pie un partido bolchevique -en él las premisas programáticas tienen importancia decisiva-, asentado básicamente en el sector minero de la clase obrera. La finalidad estratégica era inconfundible: la revolución proletaria,

que tenía la obligación de resolver en su raíz el problema campesino.

En estos enunciados faltaba precisión, no aparecía con claridad la naturaleza de la economía combinada, que caracteriza a Bolivia. La mecánica de clases apenas estaba apuntada.

Las masas no habían madurado lo suficiente para comprender el programa revolucionario y exigir su superación. El propio partido aún no pudo confrontar sus planteamientos programáticos con el desarrollo histórico. Todo esto es comprensible si se tiene en cuenta que el Partido Obrero Revolucionario había quedado reducido a un grupúsculo de intelectuales, sin tradición ni conocimientos organizativos.

En 1938 aparecieron un programa ampliado y tesis sobre diversos aspectos de la vida nacional. Se trata de un avance en el camino de elaboración de los objetivos estratégicos. Posteriormente estos planteamientos fueron debatidos y superados.

La discusión con la tendencia nacional-foquista (se fue estructurando lentamente y apoyándose en deficiencias y errores programáticos) en los años setenta permitió un enorme salto en la elaboración programática. El nuevo programa fue revisado y actualizado en el último congreso partidista.

Con mucha frecuencia se ha señalado como una falla del trotskismo su inclinación a discutir aspectos programáticos y teóricos. Ahora se comprueba que su fortaleza radica, precisamente, en la solidez de su programa. El POR se mantiene en pie y cobra mayor importancia porque las líneas maestras de su estrategia han sido confirmadas por la historia.

Todo programa es una propuesta acerca del posible desarrollo futuro del país y, ni duda cabe, lleva una dosis de errores e imprevisiones. Pero, los errores deberán estar referidos a aspectos tácticos y secundarios -no a los estratégicos- para que el programa pueda sobrevivir.

El hundimiento del stalinismo ha fortalecido inmediatamente a su más importante crítico en el país, al Partido Obrero Revolucionario. El fenómeno es consecuencia de la existencia del partido-programa.

La penetración en el seno de las masas

El POR ha logrado penetrar en el seno de las masas y lo ha hecho con el instrumento programático, que es lo que cuenta en definitiva. Es por esto que no ha podido ya ser extirpado, pese a todas las variantes sufridas en la conciencia de los explotados.

Hay una regla que tiene que tenerse en cuenta. Las masas deben llegar a cierto grado de madurez para comprender el programa revolucionario -tienen que tener necesidad de él-, si no sucede así simplemente lo rechazan. Al respecto, es un buen ejemplo la larga y sostenida prédica revolucionaria realizada por Aquirre Gainsborg, sin que hubiese encontrado la respuesta adecuada de las masas bolivianas.

Hay un otro elemento que debe tomarse en cuenta. El instrumento programático debe estar debidamente calibrado para obligar a las masas a tomarlo en cuenta y para que se apropien de él. Tiene -como llevamos dicho- que ser la respuesta a las necesidades más premiosas de los de abajo, de los explotados. El partido tiene que madurar para tener la capacidad de concretizar la línea programática a los problemas cotidianos de las masas, a las respuestas que exigen éstas. Este es un trabajo largo, difícil, es una actividad propia de la creación de ideas.

La preocupación central del POR fue siempre la de elaborar su programa y lograr que éste se encarne en las masas. Dedicó dos décadas de su existencia a esta actividad, llena de discrepancias y polémicas internas, de ensayos con vista a lograr vivir la vida de los trabajadores.

El primer ensayo exitoso en este terreno tuvo lugar en el campo estudiantil. El cuarto congreso de la Federación Universitaria Bolivia -31 de diciembre de 1938- aprobó el proyecto de Programa de Principios presentado por el entonces militante porista Ernesto Ayala Mercado, que, a diferencia del de 1928, partía de la teoría de la revolución permanente, enunciada por Trotsky y fundamento de la Cuarta Internacional. Este éxito puso al desnudo una de las grandes deficiencias partidistas y que -sobre todo en el plano estudiantil- no ha sido superado del todo. El grupo de propagandistas carecía de militantes-organizadores. El programa de la FUB quedó colgado en las nubes, sin realizadores en el seno de las masas. Más tarde, los revolucionarios de otros sectores sociales tomaron ese programa como referencia de su trabajo propagandístico.

En los años cuarenta se intensificaron los trabajos encaminados a penetrar en el seno de los trabajadores y a organizarlos. En los primeros momentos todo se reducía a dar consignas relativas a algunos problemas cotidianos, de manera aislada y al margen de la estrategia programática. Este es el camino que conduce al enquistamiento.

Esta forma de actuación aísla los problemas sindicales de los políticos y, generales. Así se tiende al economicismo.

La discusión política del trotskismo tenía lugar en los siguientes frentes: feudal-burgués, stalinista-PIR y nacionalista MNR. La discusión ideológica desembocaba en la urgencia de afinar y actualizar la finalidad estratégica de la revolución y dictadura proletarias.

La polémica tenía su expresión en el interior del partido: una corriente se aferraba en continuar como grupo de propaganda, aislado de las masas, la otra pugnaba por penetrar en las filas sindicales.

Los dos aspectos del problema se reducían a saber sí era o no posible la revolución proletaria en Bolivia y cuándo. Los que creían -de manera franca o encubierta- que esa revolución podía darse en la etapa que se vivía en otros países altamente desarrollados desde el punto de vista capitalista, buscaban una discusión académica con stalinistas, imperialistas y movimientistas. Los opositores estaban seguros que esta lucha debería ser librada por las masas y como parte del camino que llevaba a la dictadura del proletariado.

Para la parte más vigorosa del partido y la más joven la lucha contra el gobierno RADEPA-movimientista, el nacionalismo en el poder y la feudal burguesía, debían librarla las masas en las calles -la disputa académica de los intelectuales aparecía como una pérdida de tiempo-, como parte de su propia liberación, que debía indefectiblemente conducir a la revolución proletaria.

En cierta manera este planteamiento importa un serio ajuste programático y el reconocimiento de que la revolución proletaria podía también darse en la rezagada Bolivia y en la etapa que se vivía. Era una forma de subrayar la actualidad y la vigencia en Bolivia del programa de transición de la Cuarta Internacional.

La vanguardia de la clase obrera, particularmente de los mineros, iba comprobando -a través de la inconducta del gobierno RADEPA-movimientista, de sus promesas no cumplidas' de sus claudicaciones ante el imperialismo- que el gobierno Villarroel-Paz Estenssoro no era suyo y que de ninguna manera podía contribuir a efectivizar la liberación nacional y la de los explotados. Se planteó la necesidad de que los trabajadores expresasen con nitidez su postura frente al gobierno Villarroel-Paz E.

El bloque rosca-stalinismo (Partido de la Izquierda Revolucionaria) consumó la contrarrevolución del 21 de julio de 1946, golpe de Estado dirigido contra los intereses nacionales y populares.

La nueva situación política dejó al joven Partido Obrero Revolucionario solo en el campo de la izquierda. Las masas, que en la víspera comenzaron a criticar al gobierno nacionalista, se replegaron hacia una postura de endiosamiento de la figura de Gualberto Villarroel. En el tercer congreso minero -Catavi, marzo de 1946- la línea política aprobada repudiaba al régimen RADEPA-movimientista. Al día siguiente del 21 de julio y ante el fantasma de la restauración rosquera, se abría la gran interrogante de qué actitud asumir para poner a salvo las conquistas sociales y políticas logradas hasta ese momento.

Acertadamente el POR dirigió el grueso de su artillería contra el mal llamado gobierno de unidad nacional y convocó a los explotados a movilizarse para defender todo lo conquistado en el pasado.

Los mineros consideraron que les correspondía dar una respuesta política clasista al estado de cosas imperente.

El Partido Obrero Revolucionario estaba seguro que las circunstancias creadas le abrían las puertas para ingresar al seno de los sindicatos. Las nuevas condiciones políticas lo potenciaron de inmediato. Por mucho tiempo los observadores estaban seguros que el partido trotskista había nacido recién en esa época. Los propagandistas de la alianza rosca-stalinismo lo llamaron nazi-trotskyista, para dar a entender que no pasaba de ser una cobertura dei depuesto MNR; para el PIR se trataba de una forma de aplicar en el país la campaña desatada por el Kremlin contra los trotskistas europeos.

Algunos grupos poristas participaron activamente en la preparación del congreso extraordinario convocado por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. Estaban seguros que el programa de transición -en ningún caso debía ser rebajado a la condición de documento académico- estaba llamado a convertirse en la norma de la acción diaria de las masas.

Es en estas condiciones -consecuencia de toda la historia boliviana- que el Partido Obrero Revolucionario logra penetrar en el seno de las masas mineras, utilizando como instrumento la famosa "Tesis de Pulacayo". El trabajo partidista logró un éxito ruidoso que estremeció a todo el país y no tardó en repercutir en el ámbito internacional.

Noviembre de 1946 constituye hito remarcable en el proceso de transformación de la clase obrera y del propio país. El desarrollo posterior de los acontecimientos históricos será diferente, particularmente por la presencia en las calles de las masas polítizadas.

El acontecimiento adquiere una importancia remarcable en la historia social boliviana porque inmediatamente la "Tesis de Pulacayo" se convierte en la palanca que impulsa el acelerado desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, que dará un salto

hacia adelante y se convertirá en la dirección revolucionaria, política, de toda la nación oprimida por el imperialismo.

Los trotskistas del exterior se mostraron gratamente sorprendidos por lo que consideraron un éxito indiscutible de sus desconocidos camaradas bolivianos. La Paz se convirtió en un centro de mucha atracción, pues el Bloque Minero Parlamentario (FSTMB-POR) estaba coriformado por un número no despreciable de diputados y senadores. Por única vez en la vida del Poder Legislativo, los parlamentarios obreros y revolucionarios convirtieron -siguiendo las enseñanzas de Lenin- sus curules en tribuna revolucionaria; la feudal-burguesía les aplicó el desafuero, los persiguió sañudamente y concluyó llevándolos a la cárcel.

La organización internacional no comprendió el verdadero significado de la "Tesis de Pulacayo", concluyó siendo enceguecida por el exitismo del momento. Entidades extrañas a la Cuarta Internacional reprodujeron y analizaron el documento, que les sirvió como referencia para estudiar las particularidades del movimiento obrero boliviano.

Sucedió esto porque la experiencia boliviana estaba fuera de las preocupaciones de la Internacional trotskista de ese momento. No comprendió que el trotskismo boliviano había derrotado -en medio de una descomunal pugna ideológica y sindical- al stalinismo, a las tendencias revisionistas y reformistas, concentrando la lucha alrededor del objetivo de superar al nacionalismo de contenido burgués aún vigente para amplios sectores populares.

En medio del éxito, del halago del trotskismo de otras latitudes, el Partido Obrero Revolucionario apareía aislado en medio de su triunfo. La Internacional no proporcionó lo que faltaba para impulsar al trotskismo boliviano a mayores alturas y que los logros en este terreno pudiesen servir para potenciar y hacer madurar al Partido Mundial de la Revolución Socialista. El joven POR estaba lleno de defectos, de limitaciones, como no podía ser de otra manera, por otra parte. Para superar errores y deficiencias hacia falta la discusión internacional, el aporte de la experiencia del movimiento revolucionario de otras latitudes. La Cuarta, para existir realmente como Internacional, tiene que convertirse en el escenario de la elaboración colectiva de la política revolucionaria. Esto ha faltado y sigue faltando, constatación que permite comprender la urgencia de poner en pie a una verdadera dirección mundial.

El enemigo de clase -en mayor medida que los propios compañeros de la corriente trotskista- calibró acertadamente el gran peligro que significaba la "Tesis de Pulacayo" para la estabilidad del orden social imperante y, sobre todo, para la gran propiedad privada de los medios de producción. Sabemos que la entonces todopoderosa empresa minera Patiño -a través de su alta dirección y de sus ideólogos- presionó sobre las

autoridades del gobierno para que de inmediato movilicen al grueso de la población contra la amenaza comunista y acaben con ésta. Ante la flojera gubernamental fue dicha empresa la que tomó en sus manos la tarea claramente reaccionaria, reproducir la "Tesis de Pulacayo" in extenso en toda la prensa diaria nacional. El resultado fue contraproducente. Las masas se incorporaron a luchar contra el gobierno, contra la gran minería, contra los poderosos, enarbolando las consignas centrales del mensaje lanzado desde la mole estañífera de Pulacayo.

El Partido Obrero Revolucionario comprendió que la lucha contra la rosca-imperialismo debía ser inseparable de la batalla -sobre todo ideológica- contra el nacionalismo de contenido burgués. Se dijo que las masas podían llegar al poder pasando por encima del cadáver político del Movimiento Nacionalista Revolucionario. No se trataba de ganar elecciones o de arrancarle al nacionalismo algunas direcciones sindicales con la ayuda de maniobras cupulares y burocráticas, sino de aplastarla ideológicamente, a fin de que las masas vieran con nitidez cual era la vía que podía conducir las hacia su liberación. Este objetivo es el que no pudo ser cumplido a plenitud, hecho que viene a demostrar las limitaciones que conocieron las masas en su evolución política. Tales las razones por las que el Partido Obrero Revolucionario no llegó al poder en 1952.

El partido revolucionario tardó en superar sus limitaciones organizativas y también programáticas. La "Tesis de Pulacayo" importó una superación en el plano programático a todo lo hecho hasta ese momento en el seno del 'POR; sin embargo fue un trabajo realizado al margen de la estructura partidista, el objetivo se logró en el plano sindical. Esto fue una desventaja, el partido tardó bastante hasta colocarse en el nivel alcanzado por el proceso de transformación acción de las ideas.

¿Por qué la permanencia de la "Tesis de Pulacayo" en los escenarios sindical y político? Desde su aprobación han transcurrido cuarenta y cinco años, casi medio siglo, y sigue conservando su vigencia, su lozanía. No bien se produce la tensión de la lucha de clases, lo mejor de la "Tesis..." gana el primer plano, se convierte en bandera de las masas que se levantan contra el capitalismo.

La explicación se encuentra en que la "Tesis de Pulacayo" concretiza las leyes del desarrollo capitalista, de la transformación de la sociedad motorizada por la lucha de clases, a las particularidades bolivianas, de país atrasado. El desarrollo histórico ha ratificado la validez de este planteamiento. Se puede decir que la vigencia de la "Tesis de Pulacayo" se prolongará hasta tanto esté en pie el orden social capitalista.

El documento ideológico de los mineros ha ingresado a la historia del país como la biblia de la independencia política de los explotados frente a la clase dominante, a la burguesía, y a "su" Estado. Señala de manera tan nítida la separación y el antagonismo

clasistas, que rechaza inclusive el ordenamiento jurídico, en el que hay que incluir a la Ley General del Trabajo, protectora de la fuerza de trabajo, amenazada siempre de ser destruida físicamente por la voracidad empresarial, y también el "derecho" capitalista de explotar "legalmente" a los obreros. La "Tesis de Pulacayo" opone al parlamentarismo, al "arbitraje obligatorio" -fraudulento en su esencia-, la acción directa de masas o violencia revolucionaria, método de lucha propio de los explotados y oprimidos.

De uno y otro flanco se ha lanzado la especie de que la tan publicitada "Tesis de Pulacayo" no es más que una transcripción -o acaso plagio- del "Programa de Transición" de la Cuarta Internacional y que su falta de originalidad le resta importancia. ¿Por qué entonces permanece vigente por tantos años? Ningún plagio puede abrir surco tan profundo en el proceso histórico, solamente puede hacerlo un planteamiento original, una respuesta cabal a los problemas nacionales y sociales.

El desarrollo nacional posterior ha confirmado la validez de la finalidad estratégica de la "Tesis de Pulacayo", esto vale más que todas las especulaciones alrededor del documento de mayor importancia de la historia social boliviana.

¿Qué toma del "Programa de Transición" la "Tesis de Pulacayo"? El método, la fusión del programa mínimo con el máximo, de la reforma con la revolución, la economía combinada, su influencia en las clases sociales, en su mecánica, en las características de la revolución. ¿Esto es copiar? No. Se trata de descubrir cómo actúan las leyes generales del capitalismo en un particular país atrasado y de señalar el camino de su transformación revolucionaria a través de las reivindicaciones transitorias. De todo esto parte la originalidad del mensaje de los mineros.

Uno de los grandes aciertos de la "Tesis de Pulacayo" radica en la caracterización que hace de Bolivia que ya implícitamente define la naturaleza de la revolución y el papel en ella de las clases sociales. No solamente señala su opinión sobre la naturaleza de Bolivia -que puede aplicarse a todo el continente americano-, sino acerca del problema de si es posible o no la revolución proletaria en un país tan rezagado en el desarrollo capitalista, pero integrante de la economía mundial.

En las filas marxistas del continente se venía discutiendo acerca de estos problemas desde decenios atrás. No puede desconocerse que la Tercera Internacional -en cuyas filas aparecieron las opiniones más dispares- timoneó la política obrera, señalando, de manera general, el carácter precapitalista de los países latinoamericanos. A esa conclusión llegó al referirse a los problemas campesinos y de las nacionalidades nativas (quechuas, aymaras, etc.). No olvidemos que una de las tesis centrales de los seguidores de la política del Kremlin decía y dice que en los países precapitalistas solamente puede darse la revolución democrático-burguesa.

En el congreso extraordinario del Partido Comunista de Bolivia -uno de los últimos que trató de las cuestiones programáticas- se ha seguido tipificando al país como semifeudal. Esta referencia es importante porque en esa reunión se procedió a la copia -y a la deformación- de la caracterización de Bolivia que hace la "Tesis de Pulacayo". Se puede decir que el stalinismo no ha variado su posición al respecto con referencia a los planteamientos que hizo en los años veinte.

Lo importante es que supera esa vieja discusión. Señala que Bolivia es un país capitalista atrasado, de economía combinada e integrante de la economía capitalista mundial. Si se entiende bien, esa caracterización permite concluir que la superación del atraso -la más importante necesidad histórica- sólo es posible a través de la revolución proletaria.

El PCB cooperó -o sirvió- al primer gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario por considerarlo revolucionario y antiimperialista, lo que equivale a sostener que era el único viable en el país. En la actualidad sigue formulando que las medidas de ese gobierno tienen un carácter trascendental y progresistas inclusive antiimperialistas.

El PCB y el reformismo en general tipifican al capitalismo atrasado como dependiente, de manera unilateral, del imperialismo; es decir, como no integrado a la economía capitalista mundial, como un elemento pasivo que sólo ocasionalmente se pone en contacto con aquella.

La "Tesis de Pulacayo" parte de la convicción de que los países atrasados de nuestra época han sido incorporados tardíamente y desde afuera -en el caso de Bolivia no ha habido un desarrollo capitalista interno indiscutible- a la economía mundial, virtualmente cuando ésta ya se asomaba a su etapa monopolista, imperialista. Esto quiere decir que se ha integrado a esa unidad superior, lo que supone que necesariamente se encuentra en inter-relación con los otros componentes, sean éstos países imperialistas o atrasados.

La postura del PCB importa simplemente encubrir su aferramiento a sus viejas posiciones, única manera de justificar la teoría de la revolución por etapas.

La revolución proletaria supone que la clase obrera minoritaria -casi siempre concentra la incultura del país- es la clase revolucionaria por excelencia, que no solamente que se encamina a destruir la gran propiedad privada, sino que desarrolla esta política de manera permanente y tiene capacidad para expresar los intereses generales del campesinado y de los explotados en general. No es suficiente decir que la clase obrera es un elemento fundamental del proceso revolucionario, sino que tiene la misión de acaudillar al conjunto de la nación oprimida por el imperialismo colonizador.

La "Tesis de Pulacayo" arrastró en este aspecto dos deficiencias heredadas del pasado.

Habló del frente único proletario -como táctica propia para un país atrasado- cuando correspondía reivindicar el frente antiimperialista, aunque en los hechos siguió esta línea. Se estaba pagando caro por la repetición mecánica de los escritos trotskystas, sobre la realidad europea. En descargo se puede decir que, en verdad, se estaba hablando del frente antiimperialista.

Poco después -y sin esperar crítica alguna de la "izquierda" reformista sobre este equivoco- el Partido Obrero Revolucionario reivindicó el significado revolucionario del frente antiimperialista, desechando la desviación stalinista de las ligas antiimperialistas y que tanto daño hicieron al movimiento revolucionario.

El documento de Pulacayo es una excepción en el mundo. En ninguna otra parte los trotskystas han logrado que el sindicalismo de su país aprobase el Programa de Transición adaptado a su realidad. Parece que en la Argentina los posadistas del pasado se propusieron algo parecido, pero no pasó de una buena intención con rasgos caricaturescos.

La debida asimilación de la "Tesis..." le permitió al POR superarse programáticamente, hecho de enorme importancia para el proceso revolucionario.

Casi todas las reivindicaciones del documento minero siguen siendo agitadas por las masas, particularmente en esta época de su radicalización. Podemos citar al salario mínimo vital con escala móvil, la escala móvil de horas de trabajo, la ocupación de las minas y el control obrero colectivo, etc.

La implantación de la "Tesis de Pulacayo" en el seno de los trabajadores mineros, le ha permitido al Partido Obrero Revolucionario fijar otras referencias ideológicas en diversos sectores sociales. Son numerosos los documentos trotskystas adoptados por los trabajadores e inclusive por organizaciones sindicales de la clase media.

Los otros partidos trotskystas no han podido repetir la proeza de Pulacayo por no haber alcanzado el nivel de partidos-programas y porque sus preocupaciones no se refieren a la necesidad de penetrar profundamente en el seno de las masas, para sembrar allí la semilla revolucionaria.

Sobre lo fundamental del desarrollo histórico

El Partido Obrero Revolucionario desde su nacimiento tipificó al stalinismo como contrarrevolucionario pro-burgués y combatió la desviación pablista (seguidores del griego Michel Pablo) que sostenía que los partidos comunistas aún podían jugar un rol revolucionario.

Cuando el Partido de la Izquierda Revolucionaria se unió a la rosca para combatir al gobierno del mayor Gualberto Villarroel y siguiendo la política de Moscú apareció apuntalando la conducta del irriperialismo "democrático" -era la época de la segunda guerra mundial-, el POR señaló que se había desplazado hacia la trinchera feudalburguesa y proimperialista, es decir, que había cambiado de contenido de clase.

La historia internacional y nacional enseña que estos desplazamientos son irreversibles. El PIR al apuntalar a la gran minería -particularmente a la empresa Aramayo- decretó su muerte como opción izquierdista. Al PCB le sucedió lo mismo cuando se colocó detrás del nacionalismo de contenido burgués. La repetición de algunas conclusiones trotskystas no le valieron de nada en su empeño de convertirse en la dirección "revolucionaria" de las masas.

* El análisis del contenido de clase de la política y de las medidas impuestas desde el poder, del hasta entonces pequeño-burgués MNR, le permitió al trotskismo señalar antes de las jornadas de Abril, en 1952 e inmediatamente después, que estaba condenado a concluir de hinojos ante el imperialismo, particularmente el norteamericano.

Trotsky -en sus escritos sobre la China- señaló que las burguesías nacionales podían siempre arrastrar a las masas, entre ellas al proletariado, detrás de las banderas de la liberación nacional. Es el período de gran popularidad de los movimientos nacionalistas, que para fortalecerse políticamente frente a la metrópoli opresora no dudan en organizar a determinadas capas de la clase obrera.

Pero, no bien el asalariado comienza a caminar con sus propios pies se inicia el proceso de desarrollo de su conciencia de clase, es decir, se empeñan en pisarle los talones, en arremeter contra el régimen de la gran propiedad privada de los medios de producción, la burguesía criolla -pretendidamente "antiimperialista"- es materialmente empujada hacia las posiciones ocupadas por el imperialismo, a aliarse con éste, único recurso que le queda en su pretensión de contener y aplastar a su aliado de la víspera y ahora convertido en su enemigo mortal.

Tal es el ciclo que recorre -en esta etapa de decadencia mundial del capitalismo-

el nacionalismo de contenido burgués. Esta ley ha sido plenamente confirmada en nuestro país, el revelarla constituye uno de los méritos indiscutibles del Partido Obrero Revolucionario.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario -encarnado en Victor Paz Estenssoro- pregonó, en sus primeros momentos, la urgencia de consumir la liberación nacional y ha concluido como instrumento abierto e incondicional del imperialismo, de las transnacionales. Las tan pregonadas glorias movimientistas se sintetizan en la lucha contra el superestado minero, más concretamente contra la empresa Patiño. Ahora comprobamos que ese partido ha concluido colocándose al servicio del Patiño ennoblecido forzosamente de hoy, del poderoso minero Sánchez de Lozada.

* La teoría de la revolución boliviana -más concretamente, el programa del Partido Obrero Revolucionario y la propia "Tesis de Pulacayo"- señalan que Bolivia ya vive su experiencia capitalista, bajo la forma de economía combinada o coexistencia de diversos modos de producción, característica de los países capitalistas atrasados. Esto significa que ya no puede esperarse el desarrollo integral y libre de la economía en el marco del orden burgués. Se trató de una de las consecuencias del agotamiento del capitalismo en escala mundial.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario -de manera mucho más franca y global que el stalinista PCB- plantea el desarrollo capitalista del conjunto de la economía boliviana contando con la venia y el apoyo del propio imperialismo,. La viabilidad o no del proyecto estaban llamadas a señalar la perspectiva del futuro desarrollo del país.

Las diferentes tiendas políticas pretendidamente "izquierdistas" apostaron en favor del desarrollo capitalista del país durante toda una etapa histórica, para luego poder plantear con legitimidad la perspectiva de la revolución socialista. Nuevamente cayeron atrapadas en las redes de la revolución por etapas, contraria a la realidad del capitalismo y al marxismo. El desarrollo histórico se ha encargado de demostrar que perdieron la apuesta en toda la línea.

Únicamente el Partido Obrero Revolucionario señaló que la perspectiva nacionalista era equivocada, conservadora, reaccionaria, que no garantizaba la solución de los grandes problemas nacionales y sociales, de la liberación nacional y social. Los que se ubicaron frente al trotskismo no tomaron en cuenta el momento por el que atravesaba el capitalismo mundial y tampoco que Bolivia formaba parte de la economía imperialista, basada en el capital financiero.

La nacionalización de las empresas de la gran minería fue una concesión excepcional a la presión de las masas, en medio de una economía de franca orientación capitalista.

La reforma agraria -medida obligada para proporcionar el basamento necesario para el desarrollo de la economía nacional- constituyó la respuesta apropiada del nacionalismo de contenido burgués al problema del desarrollo global de la economía, por eso tuvo un claro propósito capitalista. Se esperaba que la concentración de la propiedad agraria en manos de los empresarios burgueses, la gran hacienda maquinizada, permitirían la total y rápida industrialización, el fortalecimiento del capitalismo y un generoso desarrollo de la democracia formal.

Nada de esto ha sucedido. La reforma agraria movimientista ha quedado empantanada en el minifundio, que se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo económico y en fuente de la miseria extrema de los campesinos.

El gobierno ADN-MIR-PDC propone llevar las pequeñas parcelas y las tierras de la comunidad al mercado. Se pretende la modernización, el desarrollo económico de la agroindustria, impulsando a la gran hacienda capitalista. Esta llamada "segunda reforma agraria" rechaza los caminos directos y prefiere la maniobra envolvente e hipócrita.

Hay que recalcar que todo esto demuestra que ya no existen posibilidades del desarrollo integral de la economía en el marco del capitalismo decadente.

El POR al señalar que la reforma agraria movimientista era conservadora y reaccionaria con referencia a lo que ya hicieron los campesinos con sus manos, estaba en lo cierto. Generalmente se pasa por alto que los poristas lograron, en el seno de la Central Obrera Boliviana y después de larguísimas y apasionadas discusiones, la aprobación de una tesis agraria -se hablaba no de reforma sino de revolución en el agro- que proponía la estatización o apropiación sin indemnización, de toda la tierra y su entrega en usufructo a las organizaciones campesinas, con miras a proyectarla a la granja colectiva mecanizada y electrizada.

La propuesta trotskista para lograr el desarrollo global de la economía nacional e impulsar la industrialización, queda en pie, sobre todo después del total fracaso de la reforma agraria movimientista.

El problema de la tierra es el fundamental del país y concentra todas las demás cuestiones; sin su solución no puede esperarse vencer al atraso. Es, al mismo tiempo, el problema del hombre de las tierras andinas y de los llanos, del indio y de las nacionalidades nativas actualmente oprimidas. Como señaló en su momento el POR, el nacionalismo de contenido burgués, el stalinismo y el reformismo en general, carecen de capacidad y de posibilidades para resolver radicalmente los problemas del país, para señalar el camino que debe seguirse a fin de superar el atraso. En esta medida quedan en pie las propuestas trotskistas.

Si la revolución democrático-burguesa es inviable -debido a la caída del capitalismo mundial- no queda más que la revolución proletaria, protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo, para sacar al país del atraso y lograr el desarrollo de las fuerzas productivas.

* Sobre dos cuestiones no fue posible limitarse a recitar consignas venidas del extranjero, sino crear teoría, como prueba de madurez política y doctrinal. Nos referimos a la táctica del frente antiimperialista como propia de los países atrasados y a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas. Estos dos aspectos de la lucha política expresan las particularidades nacionales. Las adquisiciones en estos terrenos fueron lentas y graduales, tardaron bastante en ser expresadas debidamente.

El nacionalismo, el stalinismo y el reformismo, especulaban alrededor del argumento de que la lucha nacional contra el enemigo común, foráneo -el imperialismo- obligaba a conformar la unidad nacional, sin precisar cuál sería la clase social que la dirija políticamente. El silencio obedecía a una maniobra artera del nacionalismo de contenido burgués o a la convicción de que resultaba inconfesable la conformación de esa unidad nacional bajo el comando de la burguesía. En tales condiciones sólo podía plantearse la revolución democrática.

El trotskismo, a tiempo de reivindicar el contenido revolucionario del frente antiimperialista, sostuvo que se imponía la unidad anti-metropolítana bajo la dirección política del proletariado, precisamente. Se trata de dos cosas: de potenciar al partido revolucionario de la clase obrera y de consumir la liberación nacional. Se subrayó que para acabar, con la opresión imperialista hay que expulsar a las empresas controladas por las transnacionales y, finalmente, sepultar a la gran propiedad privada.

El desarrollo de la situación política permitió demostrar la viabilidad de la táctica del frente antiimperialista, de la unidad de las clases sociales oprimidas y explotadas alrededor de la política revolucionaria del proletariado. Eso ya fue la Asamblea Popular y, de manera más concreta, el Frente Revolucionario Antiimperialista, organizado poco después del golpe fascista de agosto de 1971, que proyectaba de manera particular la política proletaria desarrollada en la víspera.

Por primera vez se pudo unir en un frente a toda la gama de la izquierda, a las grandes organizaciones de masas e inclusive a fracciones de las fuerzas armadas y de la policía, en el marco de la política y de los métodos de lucha propios de la clase obrera, hay que subrayar este aspecto sobresaliente porque estaba presente el ELN

Un frente de esta naturaleza plantea con claridad la perspectiva de la revolución proletaria realizada por la nación oprimida.

Este aporte del Partido Obrero Revolucionario -en al terreno de la teoría y de la práctica- adquiere una importancia incomparable.

Con algún retraso correspondió al trotskismo dar respuesta categórica y clara a la evidencia de la opresión de las nacionalidades nativas, tan estrechamente ligada a la cuestión de la tierra.

No solamente ahora, sino desde siempre, el reformismo y los ideólogos de la clase dominante y proimperialistas, han pretendido reducir la cuestión nacional al ámbito folclórico y su solución incorporando a las nacionalidades nativas al llamado "Estado nacional", exclusivamente por el camino de la reforma constitucional.

El planteamiento del Partido Obrero Revolucionario: la comprobación del sojuzgamiento de las nacionalidades -en el caso nuestro de la aymara, quechua, etc.- obliga a formular su derecho a la autodeterminación, en el sentido de que, si lo desean, puedan estructurar políticamente sus propios Estados soberanos y separarse de la jurisdicción del Estado central actual.

Cuando se objetó que esa propuesta era "antipatriota" porque importaba formular la desmembración y aniquilamiento del Estado boliviano, se dejó sentado que no había que dudar de acabar con un Estado opresor de nacionalidades.

El trotskismo ha seguido las enseñanzas de Lenin en la materia. Los que siguen la política burguesa -entre ellos algunos indigenistas- no se han atrevido a plantear la reivindicación del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades. Su imposición sólo puede realizarse por la lucha armada.

* El programa partidista señala como objetivos estratégicos la revolución y dictadura proletarias. De acuerdo con la teoría marxista y la experiencia histórica sostiene que únicamente la insurrección armada puede llevar a la conquista del poder político. No se trata, precisamente, de una simple toma del aparato estatal burgués, sino de destruirlo para sacar de sus cenizas el nuevo Estado obrero, la dictadura del proletariado, que se sustentará y expresará a través de las organizaciones de masas, de los órganos de poder que los explotados han ido forjando en su larga lucha revolucionaria. La insurrección constituye el punto culminante de la acción directa de masas.

El stalinismo contrarrevolucionario se aproximó osadamente a las posiciones del reformismo revisionista al formular su "teoría" de las varias rutas que conducen al poder y al socialismo. Desde el primer momento fue una capitulación frente al democratismo burgués. El colaboracionismo clasista dentro de las fronteras nacionales se complementó en el ámbito de la diplomacia internacional con la famosa coexistencia pacífica entre el

imperialismo "democrático" o no y el socialismo.

Lo que actualmente sucede en nuestro país confirma los planteamientos programático-políticos del trotskismo, del POR boliviano. Esta precisión es indispensable porque también los grupos "trotskistas" de otras latitudes han ido capitulando ante el democratismo burgués.

Las concesiones hechas por el stalinismo y el reformismo a la política burguesa -antecedentes del colaboracionismo clasista- alejan a los explotados del objetivo del poder y le hacen perder su independencia de clase frente a los explotadores y "su" Estado.

El PIR y el PCB -no sabemos si inspirando o siguiendo al nacionalismo de contenido burgués y al reformismo revisionista- tuvieron como punto de partida de su capitulación ante la clase dominante el "descubrimiento" de que existen buenos y malos empresarios, pro y furiosamente anti obreros. Se olvidó que todos ellos son explotadores, que obtienen sus ganancias apropiándose del trabajo no pagado.

La estrategia que sigue a semejante despropósito: cooperar y servir a los buenos empresarios pro-obreristas, progresistas, etc. La revolución por etapas obligaba a llegar a esta conclusión.

El trotskismo nunca dejó de plantear que correspondía afirmarse en la lucha de clases, repudiar toda forma de colaboracionismo y que la guerra entre el proletariado y la burguesía era irreconciliable. El nacionalismo, el stalinismo y el reformismo, no se cansaron de repudiar el radicalismo, la intransigencia y el supuesto sectarismo del POR. Es esta línea la que ha quedado corroborada y totalmente desmentida la de nuestros adversarios.

* Ya antes de la caída del stalinismo contrarrevolucionario internacional, se afirmaba en el campo de la mal llamada izquierda que eso de seguir sosteniendo que solamente la vía insurreccional llevaba a la conquista del poder, cuando la democracia -así, de manera abstracta- evolucionaba rápidamente, desembocaba en el ultrismo, aislaba al proletariado de las otras clases sociales y conducía a la derrota.

Se olvidó que cuando en las masas existen ilusiones democráticas, hecho natural en cierto momento del desarrollo de aquellas, se debe participar en los procesos electorales con la finalidad de superarlas. Esa participación, que casi siempre tiene un carácter propagandístico, debe servir para dejar plantada la perspectiva de la revolución y dictadura proletarias, las únicas que pueden permitir la efectiva liberación de los explotados y oprimidos.

La táctica electoral porista ha permitido que en el seno deTrotskysmo boliviano las masas bolivianas se agoten las ilusiones democráticas y así se acorte el camino que conduce a la conquista del poder. La actitud asumida por la mayoría nacional -repudio al parlamentarismo, a la demagogia electoral, etc.- confirma la corrección de la línea trotskysta en la materia.

Enero 1900